

LOS LAICOS INTERPELAN A SU IGLESIA *

Las Actas del III Congreso Mundial de los Laicos son, más que otra cosa, el reflejo de una situación dentro de una Iglesia, que cambia rápida y profundamente. Resultado de un Congreso multitudinario, en el que participaron cerca de tres mil personas, demostró tangiblemente la importancia que tienen los laicos para la renovación y desc clericalización de la Iglesia. Lo que el primer Sínodo de Obispos, reunido al mismo tiempo en Roma, tuvo de mirada hacia dentro, el Congreso, como lo indicaba Mons. Moeller (I, 192), mostraba la necesidad de abrirse al mundo, y mostraba asimismo que esta apertura, esencial a la Iglesia, es imposible sin un laicado, que ejerza su mayoría de edad dentro de la Iglesia.

Lo que esta nueva conciencia supone de cambio, lo valora el Doctor Hans-Ruedi Weber, el único no católico al que se le permitió asistir en el Congreso anterior, disfrazado de periodista entre más de dos mil participantes católicos, al decir: "hoy somos cerca de cien Observadores-Consultantes protestantes y ortodoxos, oficialmente invitados por vosotros y designados por nuestras Iglesias... Y ahora yo tengo la palabra en esta sesión de clausura de vuestro Congreso" (I, 208). El anterior (1957) había empezado con

una Misa en latín y sus discusiones se centraron en temas intestinos, más de Acción Católica que de acción cristiana, mientras que éste sentía sobre sí todo el avance del Vaticano II.

Dos eran los centros de reflexión: el primero, una profundización en lo que es el hombre de hoy; el segundo, un estudio de la respuesta que la Iglesia puede dar a los hombres de hoy a través de los laicos.

Sugranyes de Franch, Presidente del Comité de Organización, nos recuerda dos claras preocupaciones del Congreso: la de que la evangelización es esencialmente una humanización (I, 12), y la de que los problemas de la moral colectiva pesan hoy tanto o más que los de la moral individual (ib). Más en concreto Rienzi Rupasinghe en su discurso ante el Papa insistía en lo que debiera ser la preocupación fundamental de todos, por ser el punto crucial de nuestro mundo y, por tanto, de la Iglesia en el mundo: "vivimos en una sociedad en la cual son negados a la mayoría (el subrayado es mío) los medios vitales y fundamentales, como el acceso

* El pueblo de Dios en el itinerario de los hombres. Actas del III Congreso Mundial para el apostolado de los laicos. Vol. I, 268 pp.; Vol. II 361 pp.

Comentarios

a la educación y a la cultura, la garantía contra las angustias y las consecuencias del desempleo, del hambre, de las necesidades y de la miseria... Somos... las víctimas o los testigos de la injusticia, del odio, de la opresión. Comprobamos... que una minoría vive en el lujo y la abundancia" (I, 29).

Es éste uno de los puntos más señalados en el Congreso. En la conferencia de apertura, Thom Kers-tiens, después de citar a Bonhoeffer "sólo puede creer en el Reino de Dios quien peregrina por los caminos de la humanidad", insistía en el abismo creciente entre países ricos y pobres (I, 53), y concluía que se debiera ir al servicio de Dios por el servicio del mundo (I, 56). Las preguntas que abrió ante el Congreso señalaban el campo donde los laicos deben salir cristianamente al servicio del mundo: "¿no deberíamos desarrollar una nueva filosofía de la economía que no sea ni liberal ni socialista... una filosofía que establezca un equilibrio entre la eficacia económica y el pleno desarrollo humano?... ¿Existe una ética del comercio y de los intercambios internacionales... sin la cual no podemos vencer las injusticias que existen en las relaciones entre países en vías de desarrollo y países desarrollados?... ¿Cuál debería ser nuestra actitud ante los movimientos revolucionarios en diferentes partes del mundo?" (I, 64-65).

Por su parte los "Testimonios" (I, 69-113), una de las aportaciones más vitales del Congreso, son ante todo, pruebas de la insoportable injusticia que domina al mundo y de la inaplazable urgencia de la lucha contra sus distintas manifestaciones. Lady Jackson insistía en la desigualdad de las naciones y en la obligación de solidaridad entre ellas (I, 73-75); Vanistendael en las trágicas realidades de nuestro mundo vistas a la luz de la nueva con-

ciencia del mundo y de la Iglesia (I, 76); Kuriakose en la triste circunstancia de que los jóvenes del Tercer Mundo empiezan ahora a desear lo que ha dejado insatisfechas a las juventudes del Primer Mundo (I, 84); Vanegas en la situación cada vez más grave de América Latina, que urge una nueva doctrina sobre el cambio, formas concretas de realizarlo, y una nueva espiritualidad que impulse aquella doctrina y estas formas (I, 97-99); Santiago, de la delegación de la India, en la angustiosa espera de los pobres y en la imperiosa necesidad del sentido de justicia que debe promoverse hoy en el mundo (I, 84). Jiagge, enfrentado con el desequilibrio del mundo, sostenía que "los problemas humanos de China o de Tombouctou, serán nuestros, y nosotros buscaremos la unión en lugar de combatirnos los unos a los otros" (I, 103). Jeanne Sevet, en nombre de los contemplativos, confesaba que "algunos grados de miseria, de dureza de vida y de trabajo, son en forma tal inhumanos que impiden al alma vivir cristianamente" (I, 107). El Doctor von Bismarck se refería en concreto a la llaga abierta en la carne de la humanidad por la guerra del Vietnam, mientras advertía que "el pacifismo bienhechor de la no-violencia ha causado también durante estos últimos años muchas desilusiones" (I, 108). Finalmente resumía Lady Jackson: "ninguna institución puede tener una virtud para la humanidad si no tiene detrás de ella, la pasión de los hombres por la justicia, por la igualdad, por el amor" (I, 109).

Frente a estas constataciones y a estos deseos de solidaridad, Andrzej Wielowieyski en la sesión plenaria del 18 de Octubre de 1967, se confesaba pesimista sobre el porvenir de las relaciones con el Tercer Mundo, que cada vez sentirá más dolorosa y trágicamente la conciencia de su

Comentarios

injusto retraso. "Será necesario cambiar... la estructura de la producción para desarrollar el intercambio con el Tercer Mundo, y esto será una cosa difícil y a veces dolorosa" (I, 112). La culpa la tienen los países desarrollados y las sociedades de la abundancia: "en lugar de ser más fuertes, más independientes, ser creadores conscientes de nuestra propia vida, nos sometemos cada vez más a nuestro medio que, generalmente, está dominado... por la publicidad, por la moda, la propaganda y la coacción o el prestigio de la fuerza... El conformismo nuevo de la gente 'bien' de una sociedad rica y variable, he aquí el gran enemigo que amenaza a nuestra época" (I, 113).

Los mismos problemas se desprenden de los Simposios, en los que se intentaba señalar las características del mundo de hoy y de nuestra cultura, (I, 141-165). En esta sección es de especial interés la intervención de André Schneider sobre lo que es y significa el progreso técnico (I, 148-154).

Los Carrefours, organizados por grupos lingüísticos, manifiestan las mismas preocupaciones: "el problema del desarrollo exige de nosotros un sentido de responsabilidad colectiva" (II, 117); "los cristianos deben desarrollar en este aspecto un sentido muy vivo de la justicia entre naciones... Lo que no hemos vencido en absoluto es la oligarquía internacional" (II, 118).

Otros aspectos aparecieron también en la descripción de lo que es el hombre de hoy y de lo que son sus necesidades: el problema del racismo, el problema demográfico a nivel colectivo y a nivel familiar, la regulación de nacimientos (II, 52-58; 61); los medios de comunicación social; la formación de los laicos; la necesidad del diálogo en la Iglesia (II, 242-259), etc.

Párrafo aparte merece el tema de

la desacralización de nuestro mundo y la correspondiente secularización del Cristianismo. No se hizo demasiada luz, pero algunas observaciones deben subrayarse. El documento preparatorio era del Profesor de Lovaina Dondeyne, muy esquemático y parcial (II, 42-45). Caracterizaba la mentalidad moderna desde el prestigio de la ciencia, la visión dinámica y evolutiva de la realidad, que parece destruir la idea de una naturaleza humana inmutable y transhistórica. Como respuesta a esta mentalidad se presentan, según Dondeyne, dos concepciones generales del hombre: el estructuralismo que considera al hombre sometido a las mismas leyes de estructura, que rigen en el conjunto del universo, y el existencialismo que insiste en la irreducibilidad del hombre a cualquier estructura.

Es ésta modernización de la mentalidad la que acerca la desacralización. "Lo propio de las sociedades arcaicas es la implicación recíproca de lo profano y de lo sagrado, siendo en cierto modo lo sagrado la piedra clave de toda la vida social" (II, 43). Hoy las grandes dimensiones sagradas, cielo, vida y fecundidad, autoridad, sabiduría, destino de los pueblos, conciencia moral... han sido desacralizados por la física, la biología, la sociología, la psicología, etc.

Tres respuestas se han dado, según Dondeyne, a la nueva situación. Dos de ellas, la del humanismo ateo y la de la secularización del mensaje cristiano no le parecen aceptables; la verdadera sería la de una fe más pura, que tomando en serio la secularización de nuestro mundo se despojase de los restos de pensamiento arcaico y mítico, con los que todavía se viste. Acepta, por tanto, Dondeyne una secularización, que significase la edificación de un mundo profano y respe-

Comentarios

tase la autonomía legítima. Pero rechaza una secularización que significase la edificación de un mundo profano con rechazo de todo pensamiento metafísico y religioso, pues esto llevaría a un laicismo positivista con inaceptable separación de lo temporal y lo religioso. Igualmente rechaza la secularización de la fe cristiana, es decir, la reducción del cristianismo al cuidado exclusivo de este mundo, lo cual en su exclusividad sería la negación de la fe teologal (II, 210).

Hasta aquí la descripción del mundo que enfrentan los laicos hoy, y en el que deben realizar su fe cristiana. La pregunta del Congreso resultaba entonces obvia: ¿qué debe hacer un laico, poseído de una fe viva, para responder a la actualidad del mundo?

Los principios doctrinales para enfrentar esta grave cuestión los expuso Congar (I, 117-140). Congar subraya, porque ha contribuido al cambio, de la nueva actitud de la Iglesia con el mundo: "lo nuevo es proponer su ayuda (la de la Iglesia) en una actitud de servicio a favor del mundo en sus actividades de mundo" (I, 120). "Se ha reconocido en conformidad indiscutible con la revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento que no se puede hablar de Dios sin hablar del hombre, ni proponer el Evangelio sin desarrollar sus consecuencias prácticas (I, 121). La Iglesia reconoce que no tiene soluciones para cada caso, pero afirma su responsabilidad de servicio desde Jesucristo y en orden a Jesucristo. En este sentido Cristo y el Evangelio representan una función crítica del mundo y de la historia, una función que es a la vez immanente y ajena a este mundo, y de cuya doble condición recibe su peculiaridad y necesidad (I, 129-130).

Como principio de solución al problema de las relaciones entre lo

temporal y lo cristiano Congar insiste en que "no podemos confundir el movimiento histórico humano y el movimiento del designio de Dios que se refleja en él y le da su valor de signo: se caería en el horizontalismo, que consiste en no ver la realidad religiosa sino a través de la faz que expresa al hombre y se refiere al hombre, olvidando que la salvación, es decir, el perfeccionamiento del mundo mismo, tiene en Dios su principio, en un orden de realidad original, irreductible a las energías del mundo y al desarrollo natural de su historia" (I, 129). Es, tal vez, en esta categoría de signo, a la vez transcendente e immanente, donde pueda encontrarse el principio de solución que se busca, pues el signo siendo él mismo mundo remite más allá de sí mismo en cuanto hace presente lo que no es sin más él mismo.

Siguiendo a Metz —y a Metz habrá que seguir probablemente para continuar la línea de las relaciones entre mundo y fe cristiana—, Congar reconoce que nos falta una praxis de la eficacia (I, 135), y se pregunta: "¿en cuántos casos, en cuántas regiones aquellos que tomaran verdaderamente en serio esta enseñanza (la enseñanza social de la Iglesia) no serían tachados de comunistas, prácticamente obligados aun por la autoridad eclesiástica, a detenerse o a colocarse en una situación de excepción? Nosotros que poseemos el mensaje de justicia y de libertad, ¿qué hacemos para que se traduzca en realidad?" (I, 135-136).

Tras estas reflexiones son las **Resoluciones** del Congreso las que dan la pauta de lo que debiera ser una actuación cristiana en el mundo de hoy. Se refieren al racismo, a la lucha contra la opresión, a la paz y a la comunidad mundial, al desarrollo (la teología del desarrollo insinuada en el Congreso es excesiva-

Comentarios

mente "creacionista": atiende a Cristo, pero a Cristo como Verbo y no como Redentor dolorosamente secularizado; atiende a los nuevos cielos y a la nueva tierra, pero sin insistir en las estructuras de pecado, que deben destruirse; (cfr. II, 132), a la mujer en la Iglesia, etc., (I, 247-254). Los temas de las resoluciones son suficiente prueba de lo que se pudo hacer en el Congreso y, sobre todo, de la dirección de los deseos de los allí reunidos, que, como más de una vez se notó, no representaban debidamente a los jóvenes (y qué jóvenes del Tercer Mundo podrían llegar a un Congreso realizado en Roma).

Estas son algunas ideas de las Actas. Mucho más hay en los dos to-

mos que las recogen. Pero lo apuntado bastará como prueba de que es importante su estudio para quien quiera vivir de cara a los laicos el momento actual de la Iglesia. Unos laicos que interpelan cada vez con más urgencia a lo que sienten como su propia Iglesia. James O'Gera, que presidía el segundo Simposio dedicado al problema de la fe hoy, se atrevió a decir: "una de las causas que contribuyen, en nuestros días, al ateísmo, es la incredulidad de los creyentes". Pero proseguía: "tenemos que decir que la responsabilidad de la incredulidad creciente del mundo moderno corresponde en gran parte a la Iglesia institucional misma" (I, 191). Se dijo en Roma y se publicó en Roma "cum permissu Superiorum".



LA CASA DEL REPUESTO
JAIME PASCUAL PORTET

Repuestos originales de Volkswagen, Land Rover, Austin, Willys, Isuzu, Man y Ford Inglés.

Herramientas surtidas para Talleres y mecánicos en general.

Distribuidores exclusivos de solución INDIAN HEAD.

Use su crédito, somos afiliados a Cuentas, S. A. y P. B. C.

SUCURSAL: 7ª Av. Norte y 1ª C. Poniente. - Tels.: 21-7081; 21-3779 y 21-6670.